

TOZALMORO

Tozalmoro está a unos 15 km de la capital, en un desvío del camino que se dirige hacia Ágreda. Ocupa una tierras de cereal, de suaves ondulaciones, en las que el arbolado brilla por su ausencia, asentándose en una ligera vertiente meridional, con la iglesia en el extremo norte, sobresaliendo en tamaño y belleza sobre el humilde caserío.

Como ocurre con la inmensa mayoría de las pequeñas poblaciones sorianas, apenas si se conoce su pasado histórico y los datos que pueden acompañar al momento en que surgen estos templos románicos son una verdadera incógnita. En todo caso sabemos que tras la repoblación de Soria por Alfonso I de Aragón, y después de su muerte en 1134, cuando el territorio pasa a poder castellano, la capital agrupa bajo su dominio una ingente cantidad de aldeas, que conforman una extensísima Comunidad de Villa y Tierra. Tozalmoro será uno de estos lugares, apareciendo por primera vez ya en un momento bastante tardío, en el *Censo* de 1270, como aldea diezmera de la colación de Santa María de Calatañazor, con una población de dos vecinos, ocho moradores y cuatro atemplantes, un número de cierta importancia para lo que suele ser habitual. Casi un siglo más tarde, en la *Sentencia de Concordia* suscrita en 1352 por los clérigos de las parroquias de la capital y los de sus aldeas diezmeras, poniendo fin a los desacuerdos motivados por el pago de esos diezmos y por el número de los contribuyentes, Tozalmoro figura con trece parroquianos de número.

Es evidente que los conflictos entre Castilla y Aragón, tan frecuentes a lo largo de la Baja Edad Media, afectaron a esta zona, e incluso algunas iglesias románicas cercanas, como Fuen-saúco o Aldealpozo, reflejan esta situación al reforzarse militarmente. No es éste el caso de Tozalmoro y quizá el hecho de quedar apartado del camino principal pudo servir para esquivar también los peores momentos.

Durante el siglo XVI, en las relaciones que se conservan de las aldeas de Soria repartidas por sexmos –aunque la organización debe ser mucho anterior– nuestra aldea queda encuadrada en el de Arciel.

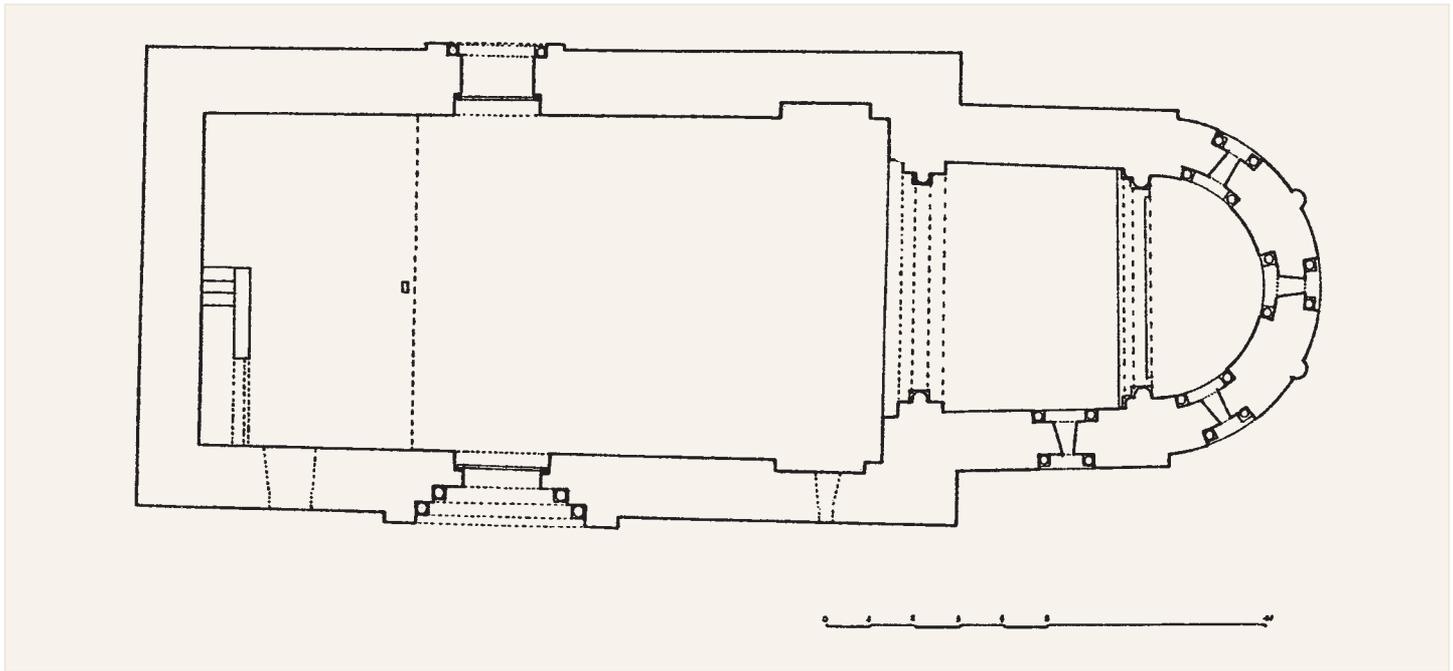
Iglesia de San Juan Bautista

LA CALIDAD CONSTRUCTIVA de esta iglesia parroquial es fiel exponente de que hace ochocientos años corrían en esta tierra mejores momentos que en la actualidad. Ahora, en estos pequeños pueblos apenas si se construye otra cosa que grandes naves o almacenes y la arquitectura del pasado, monumental o popular, poco a poco va desapareciendo. Felizmente, la parroquial de Tozalmoro aún aguanta los envites del tiempo y de la despoblación.

Es un edificio construido prácticamente en su totalidad a base de buena sillería arenisca, con cabecera formada por ábside semicircular, presbiterio cuadrado y una nave, con espadaña a los pies. Una portada se abre al norte –donde está el cementerio– y otra, la principal, al sur, precedida de

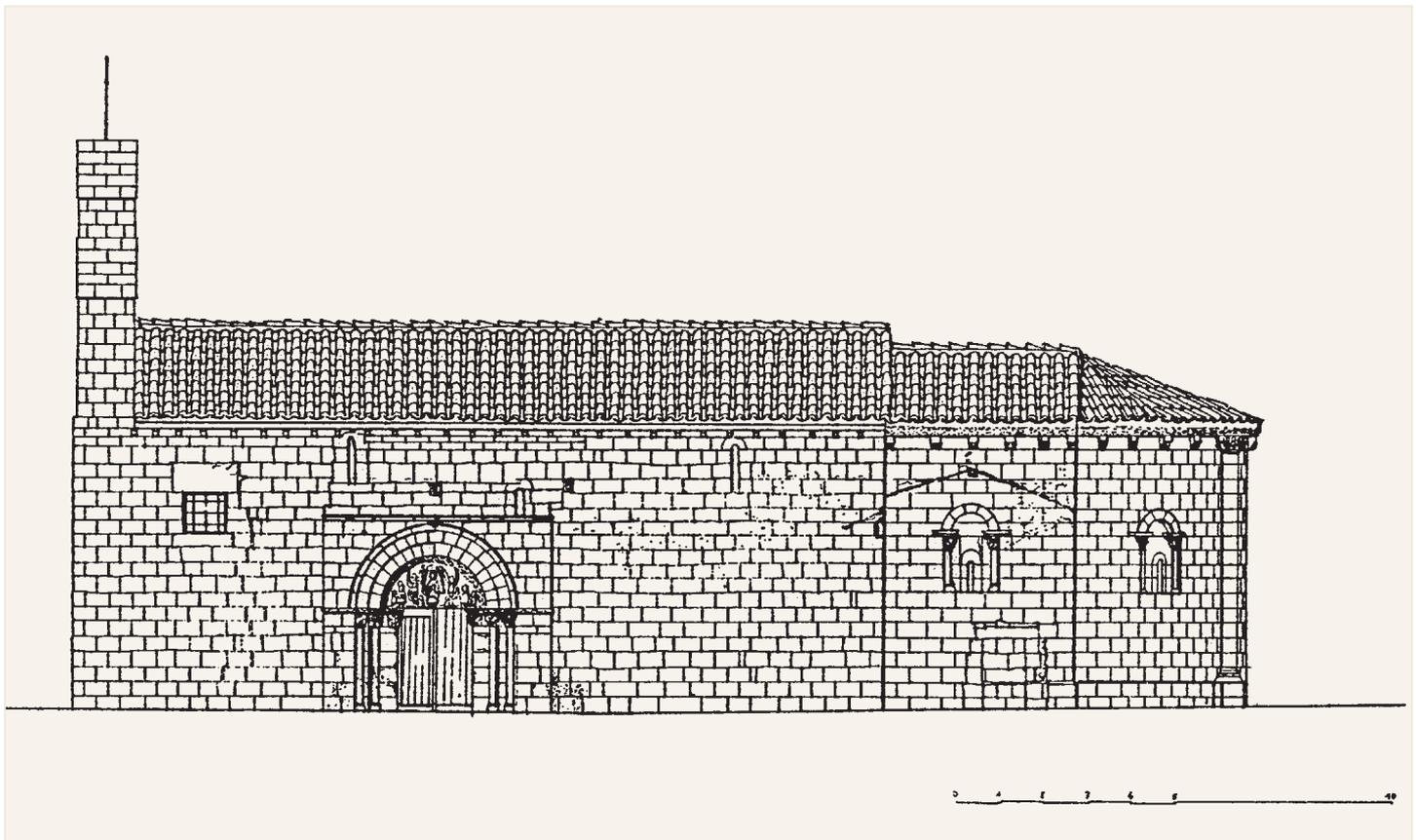
un amplio atrio, con alto bancal, que en tiempos se cerraba. Se conserva en buena parte la construcción románica, aunque las reformas posteriores respetaron más o menos las formas primitivas.

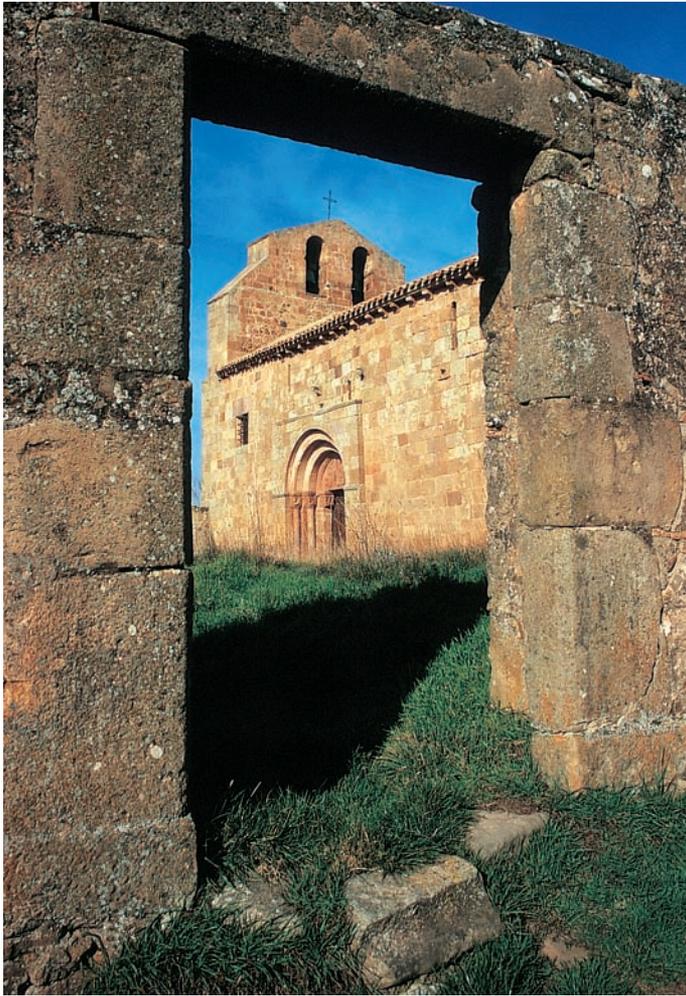
El cuerpo semicircular de la cabecera cuenta con un somero regruesamiento inferior –sin llegar a podio–, rematado en chaflán con medias bolas. A la vez, dos columnas que parten de un plinto cuadrangular de esa misma altura y que llegan hasta el alero, dividen el hemiciclo en tres paños, presidido cada uno por un ventanal. Tales columnas muestran basas de la típica morfología románica, rematadas en lengüetas, y capiteles figurados, con escenas de compleja interpretación. En el meridional aparecen seis figuras, dos de mayor tamaño ocupando las



Planta

Alzado sur



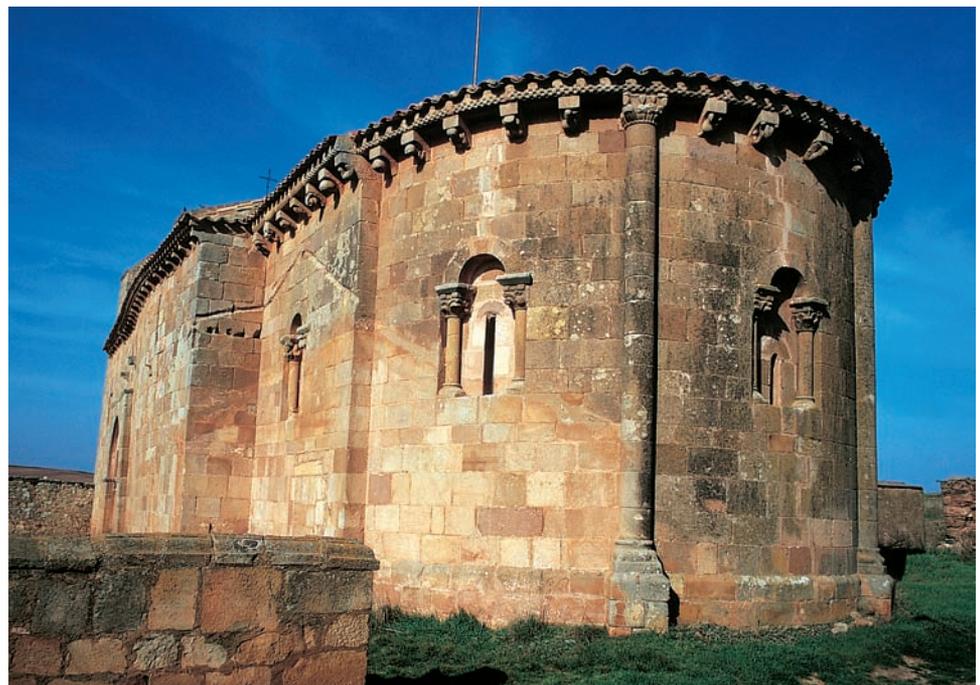


La iglesia de Tozalmoro, tras la puerta del atrio

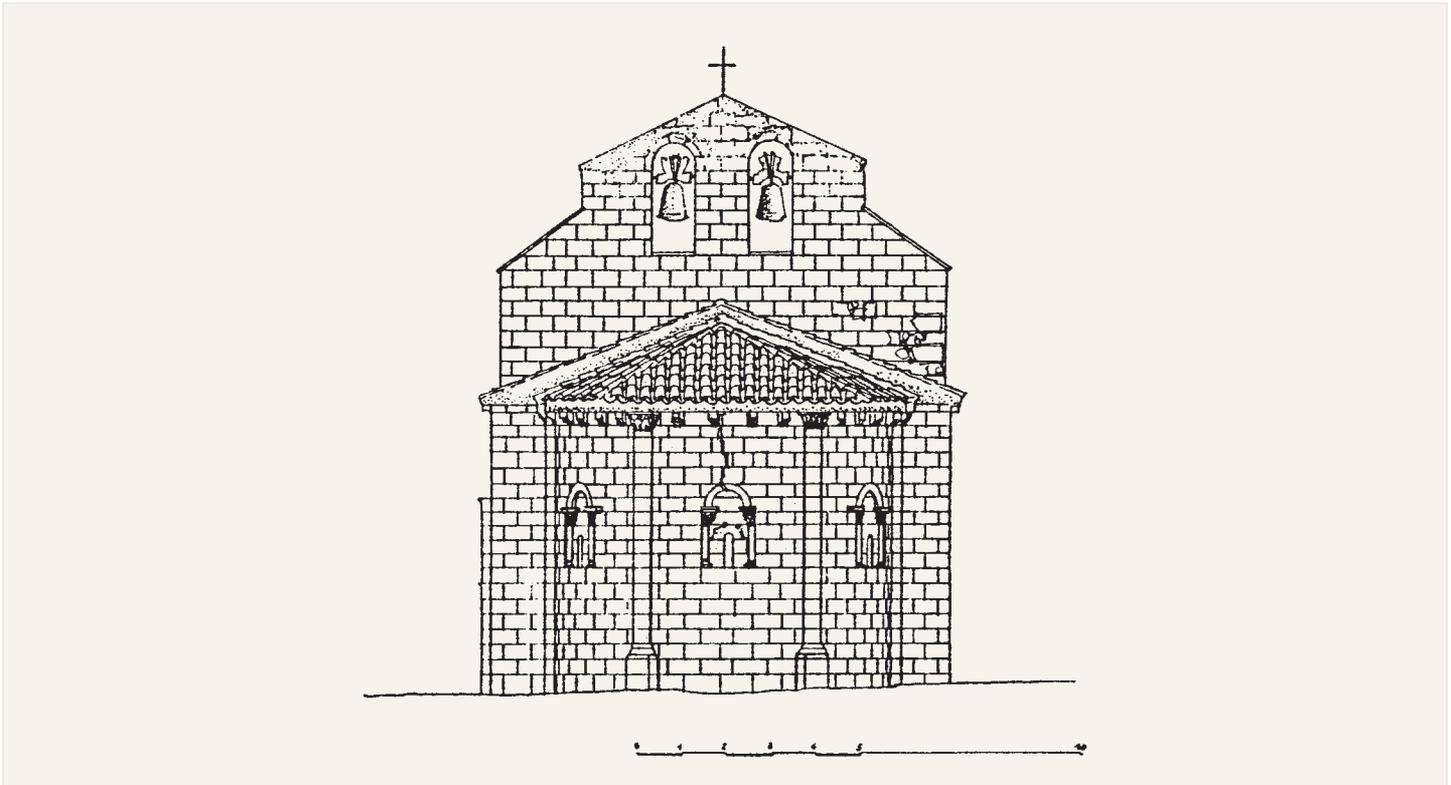
esquinas —una de ellas con bastón o báculo—, otras dos en el frente, y una en cada uno de los laterales, todas éstas con los brazos cruzados y en algún caso enlazados con los del compañero. El septentrional es muy similar, aunque los personajes angulares son barbados y no llevan bastón, los frontales parecen tener sendos bultos sobre el pecho —quizá niños—, y todos aparecen con las manos enlazadas. En cuanto a su significado, sigue siendo un misterio.

El alero está formado por una cornisa de billetes sostenida por un total de catorce canecillos —cinco, cuatro y cinco—, todos ellos figurados. Comenzando por el extremo sur, muestran los siguientes motivos: 1. Cabeza monstruosa. 2. Cuadrúpedo, a modo de leoncillo, también con cabeza monstruosa. 3. Figura masculina onanista. 4. Figura femenina, contorsionista, mostrando el sexo. 5. Arpía, muy similar a las que aparecen en Valdegeña y Omeñaca. 6. Ave. 7. Cuadrúpedo, de marcadas fauces y garras. 8. Sirena de doble cola. 9. Músico rabelista. 10. Forma vegetal antropoide. 11. Barrilillo. 12. Figura humana, tocada con capucha y que sostiene en ambas manos sendas tazas o copas. 13. Cilindro colgando de una hoja plana. 14. Modillón de cinco rollos.

Los ventanales siguen todos la misma forma: pequeña saetera —ampliada en el del sur— enmarcada por arco de medio punto sin chambrana, sostenido por dos columnillas, con las basas habituales, capiteles decorados y cimacios de listel y chaflán. Todas las cestas son vegetales, mostrando por lo general abultadas hojas ovaladas, de perfil sinuoso o dentado, y nervios muy marcados, dispuestas en dos planos, con el ábaco de tacos. De este tipo escapa

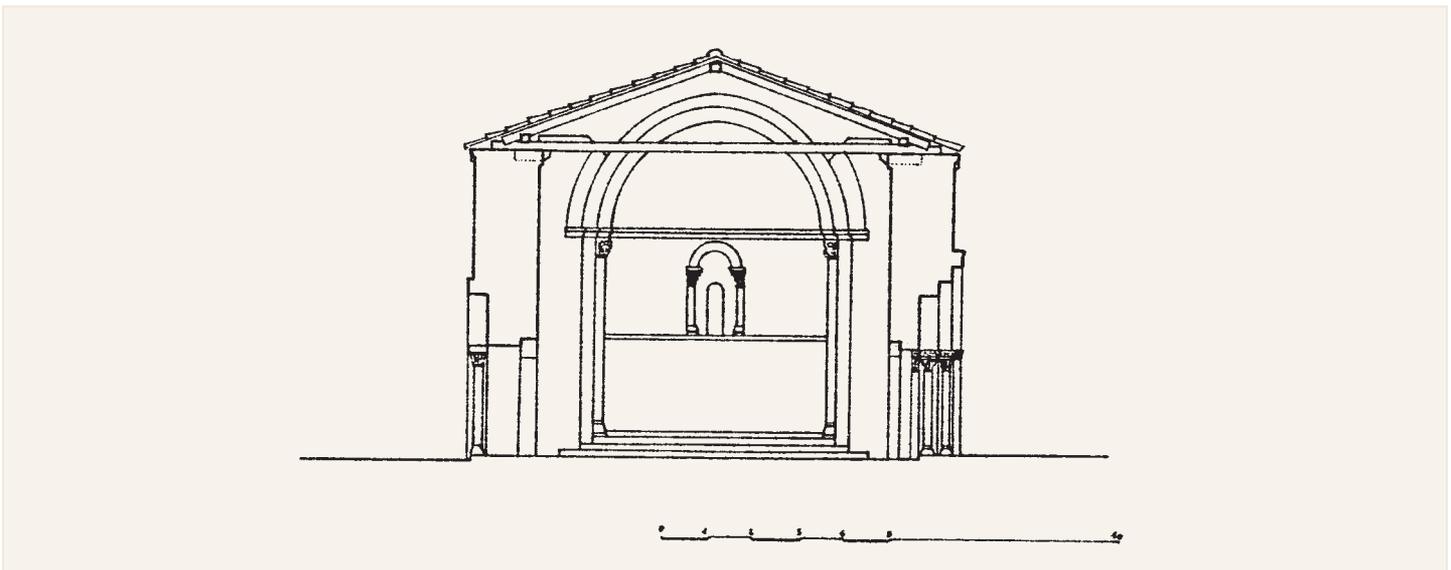


Ábside y fachada sur



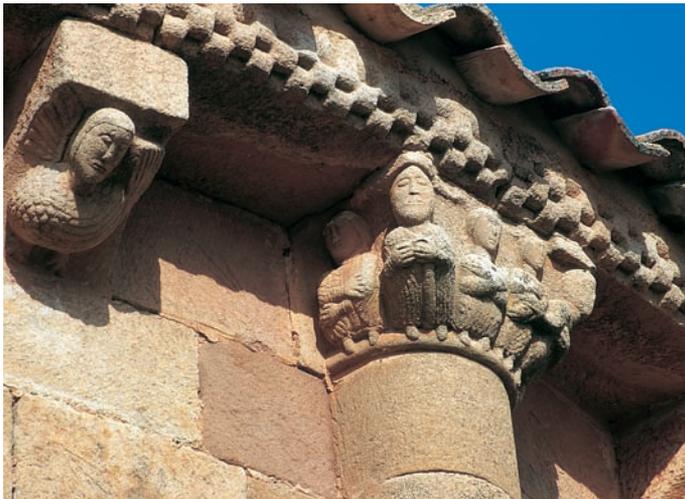
Alzado este

Sección transversal

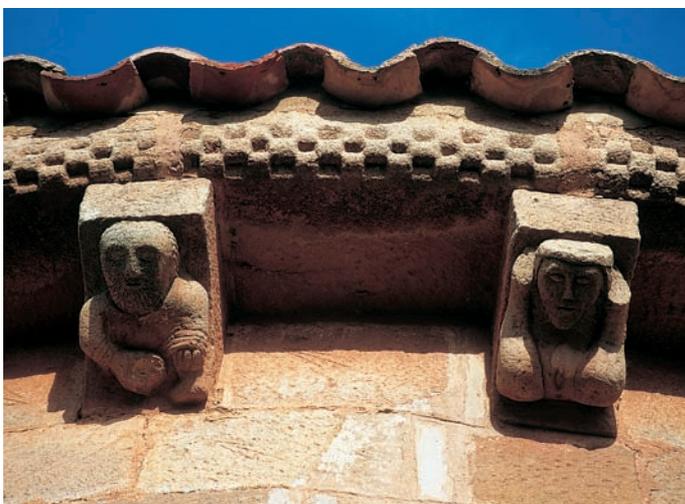




Ábside y fachada norte



Detalle del alero del ábside



Canecillos con representaciones eróticas

el capitel derecho de la ventana sur, con hojas del mismo aire, pero muy barroquizantes, con extremos vueltos y anudados de forma avenerada.

El presbiterio es más ancho pero de igual altura, también con el mismo zócalo. En el lado sur tuvo adosados en distintos momentos dos pequeños cuerpos o sacristías, de las que quedan claras evidencias. En el centro del muro se dispone otro ventanal como los del ábside, aunque la saetera muestra un pequeño abocinamiento hacia el exterior y diferentes capiteles. El occidental parece una versión simplificada de los que hay bajo el alero del hemiciclo, con tres personajes, el central barbado y con bastón y los otros dos con los brazos cruzados. El oriental muestra esas hojas ovaladas de perfil sinuoso y nervios muy marcados, con frutos gallonados colgando de los extremos. Por lo que se refiere a los siete canecillos del alero, de oeste a este, muestran los siguientes motivos: 1. Dos serpientes enlazadas, adoptando cada una la forma de herradura. 2. Cuadrúpedo de cabeza monstruosa. 3. Cilindro estriado, con dos rosetas debajo. 4. Roseta. 5. Forma vegetal antropoide, como la del ábside. En realidad es una hoja carnosa cuyo extremo superior se vuelve y anuda, abriéndose en forma avenerada y dejando dos huecos laterales que parecen ojos. 6. Cabeza barbada. 7. Gallinácea o basilisco.

El muro norte del presbiterio no presenta vano alguno y los siete canes se decoran, de este a oeste, con los motivos que siguen: 1. Ángel portando un libro u otro objeto en la mano. 2. Liebre. 3. Sin decorar, con forma de proa de nave. 4. Roseta. 5. Cabeza de león, con agudos dientes. 6. Figura masculina, barbada, de medio cuerpo, posiblemente tocándose el sexo. 7. Figura humana completa, con las manos sobre el pecho.

La nave se ensancha respecto al presbiterio, pero el alero queda a la misma altura. Hecha también en sillares, mantienen una perfecta continuidad respecto a la cabecera, trabándose con ella, aunque el alero muestra ya algunas diferencias, con cornisa de nacela, sostenida por 26 canecillos en el muro sur y por 28 en el norte, siempre con ese mismo perfil nacelado. El paramento septentrional es de traza bastante regular pero el sur resulta bastante más sinuoso, seguramente por problemas de estabilidad. No obstante en ambos parece haber reformas —o campañas—, que se averiguan por el despiece de la sillería y por el mismo alero, que, aunque siempre de nacela, muestran en ambas fachadas algunas diferencias entre los dos tercios orientales respecto al tercio restante. Aun así, mientras en el lado de mediodía simplemente parecen verse dos momentos, en el norte hay tres, uno que llega hasta la mitad de la nave —contemporáneo de la cabecera— otro, más corto, que incluye la portada de ese lado, y el tercero,



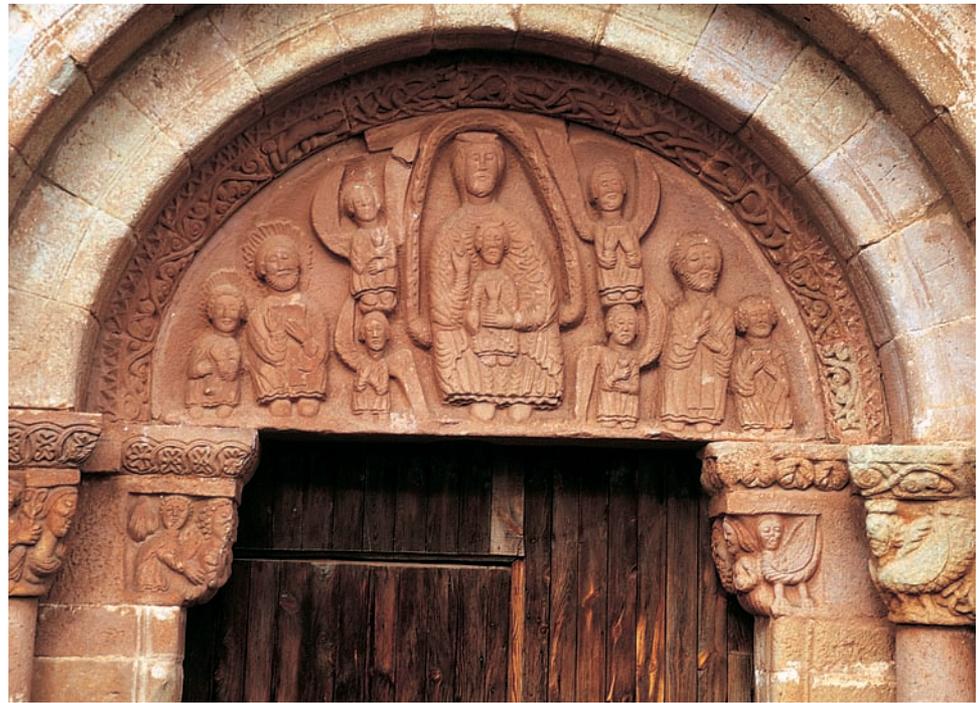
Portada sur

que sería la parte final, con el hastial, la espadaña y la parte posterior del muro sur. Este último momento creemos que obedece a una reforma posmedieval, claramente diferenciada del resto por un engrosamiento en la parte inferior del paramento, aunque mantiene las mismas formas anteriores –quizá no las mismas medidas–, mientras que todo lo anterior sería románico.

La nave románica contaba para su iluminación simplemente con dos estrechas saeteras en la parte alta de la fachada meridional, a las que en siglos posteriores se añadieron dos ventanales. En este mismo lado se conserva la portada principal, un tanto descentrada, por lo que cabe pensar que tal vez la primitiva nave era algo más larga. Se dispone sobre un paño cuadrangular que destaca levemente sobre el muro, rematado simplemente por una cornisilla donde la erosión aún deja ver la decoración de ondulantes tallos. El arco, de medio punto, consta de tres arquivoltas, de dovelas cuadrangulares recorridas por un bocel en la arista. Las dos exteriores apoyan en columnillas acodilladas, con erosionadas basas que parten de la misma cota del

suelo, con fustes monolíticos y con capiteles figurados, de izquierda a derecha con los siguientes motivos: 1. Sobre un fondo vegetal aparece una arpía masculina, barbada, con alas desplegadas, acompañada por una serpiente. 2. Un ángel –que parece empuñar una especie de bastón decorado con cuatro puntas vueltas– se halla ante un híbrido de cabeza humana, alas y garras de ave y cuerpo de dragón. Quizá sea una imaginativa y mal resuelta escena de San Miguel y el dragón. 3. Arpía masculina, junto a hojas lobuladas y carnosas, que acogen grandes piñas. 4. Tres personajes, de grandes manos, ocupan una cara de la cesta, y un ángel en la contigua. Con bastante imaginación pudiéramos pensar que son las Tres Marías ante el Sepulcro. Los cimacios e impostas, que recorren también el frente del cuerpo de portada, se decoran generalmente con motivos vegetales de tallos ondulantes o circulares, acompañados de hojas.

Pero lo más significativo de esta portada es el tímpano que se dispone en el arco de ingreso, sostenido por dos mochetas figuradas. La izquierda nos muestra a tres personajes

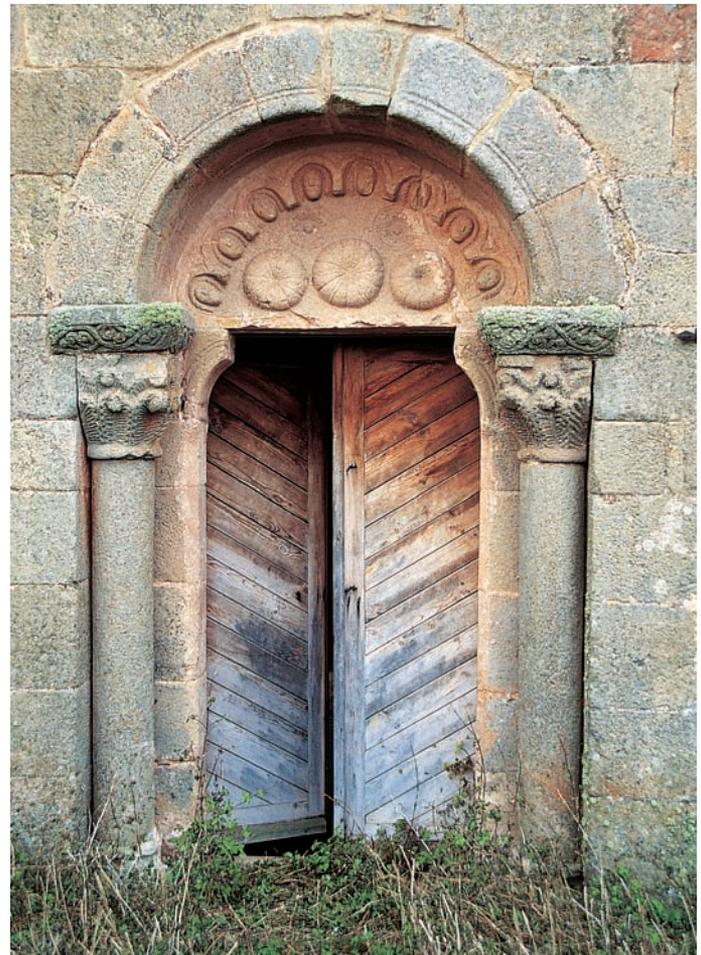


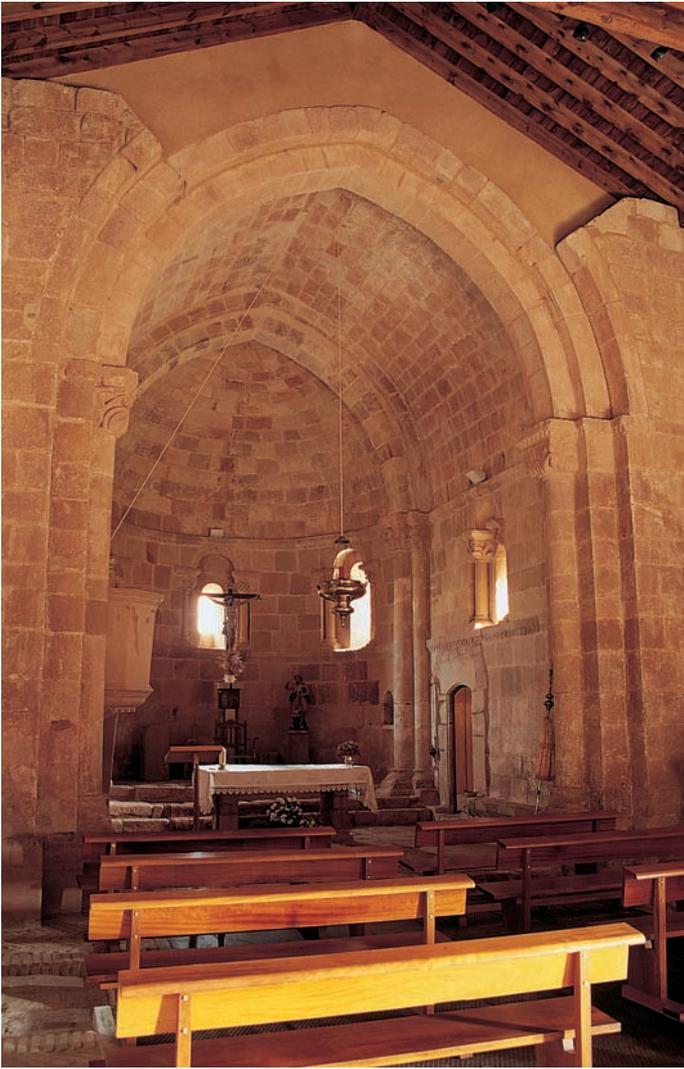
Tímpano de la portada sur

guiados por un ángel, dos de ellos agarrando de las manos y el cuello al tercero. La derecha porta una gran cabeza de larga barba, con un figura que parece llevar algo en las manos y, detrás, una arpía. El cimacio en este caso es de bifolias que se cierran en bucle.

El tímpano es la pieza que más ha llamado la atención de los historiadores del arte, a pesar de su ingenua rusticidad. En él aparecen diez figurillas, en composición totalmente simétrica y en completa adaptación al medio círculo. El centro está ocupado por una Virgen con el Niño, ligeramente inclinados, con unas vestimentas cuyos pliegues dan casi la impresión de representar velos, con una irregular mandorla –decorada con bolas– que sólo envuelve los dos tercios superiores, y con Jesús en actitud bendicente, aunque con la mano en imposible postura. A su alrededor hay cuatro ángeles de descoyuntadas alas, que parecen sostener los atributos de la Última Cena, mientras que los ángulos de los extremos acogen a sendas parejas. Los de la izquierda están nimbados, el pequeño porta un incensario, y el mayor, barbado, parece sostener un libro, colgando de su brazo izquierdo un manípulo. Los del lado contrario, sin nimbo, reproducen también una escena de tipo sacerdotal, con el personaje más alto –igualmente barbado– con un objeto en la mano (¿un hisopo?), y con la estola colgando de su cuello, mientras que el pequeño tiene un libro y lleva manípulo. El tímpano se trasdosa con un guardapolvo de barroca decoración, con un listel exterior de aspas biseladas y una serie de zarcillos hacia el intradós, acompañados por serpientes enlazadas en una de las dovelas.

Portada norte





Interior

Viendo este tímpano inmediatamente nos viene a la memoria el de la iglesia de Santo Domingo de Soria, aunque los personajes son un tanto distintos y la calidad artística muy lejana.

Esta portada muestra algunas marcas de cantero muy características, cruces y ramitos rematados en pequeños círculos y que aparecen también en iglesias de la capital, como en San Juan de Duero, en Nuestra Señora la Mayor o en el claustro de la concatedral de San Pedro. Sobre ella debió ubicarse originalmente un pórtico, del que han quedado dos de los tres canchillos que sostenían el durmiente de la cubierta. En uno se ve un erosionado rabelista y en el otro una cabeza monstruosa que enseña las fauces.

Otra portada más sencilla se abre en la fachada norte, frente a frente con la que acabamos de ver. En este caso se halla a ras de muro y se compone de un sencillo arco de medio punto, abocelado, sobre columnas con capiteles vegetales, de hojas ovaladas, con perfil sinuoso y marcados

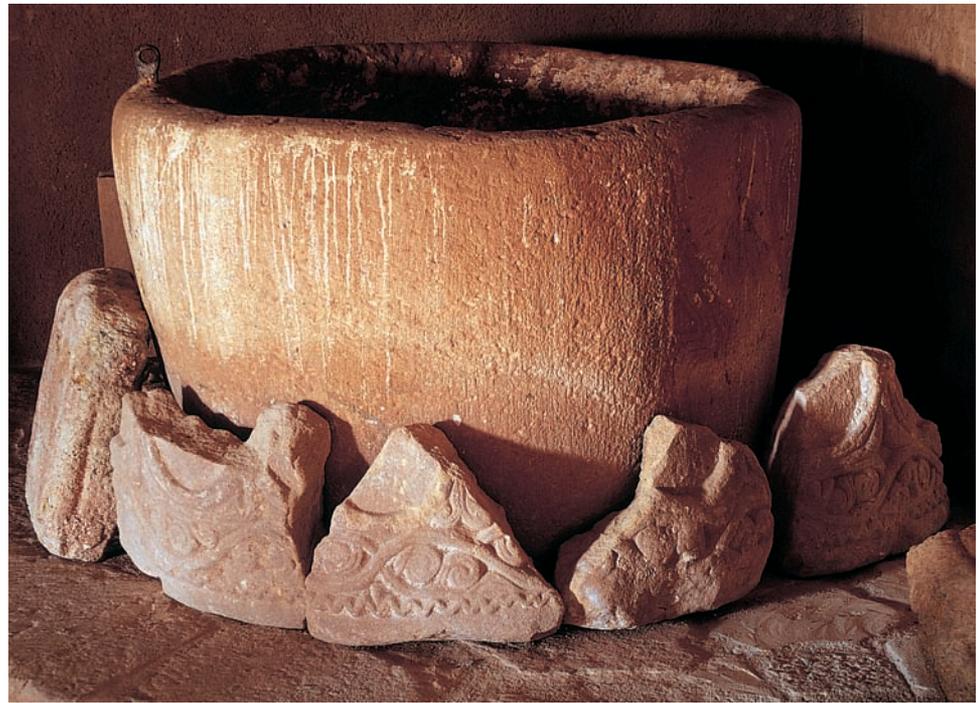
nervios, con bolas o bayas colgando de la parte superior, bajo cimacios de tallos sinuosos con zarcillos. Aquí se dispone otro tímpano, recorrido perimetralmente por una serie de arquillos con cabecitas en su interior, estando el resto del espacio ocupado por cinco rosetas, tres más grandes y en relieve, y otras dos sobre ellas, rebajadas. El modelo es muy similar al que se halla en las portadas de la ermita de los Santos Mártires de Garray y en la original de la iglesia de San Juan de Rabanera (Soria), aunque una vez más el escultor de Tozalmoro se muestra con recursos mucho más limitados.

Pasando al interior del templo, la última restauración retiró todos los revocos, dejando vista la sillería de los muros. El ábside, ya sin retablo, aparece recorrido a media altura por una imposta de somero ajedrezado, como la que remata el muro y que da paso a la bóveda de horno apuntada. De la imposta baja nacen los tres ventanales, con el mismo esquema que muestran al exterior, aunque con las saeteras abocinadas. Todos los capiteles son vegetales, pero distintos: dos de ellos con anchas hojas rematadas en formas aveneradas, otro con tallos formando aspas, otro más con piñas naciendo de un tallo sogueado, uno con bifolias dentro de tallos circulares, y otro con tallos cruzados formando cestería de marcado relieve.

El paso del hemiciclo al presbiterio se hace mediante un arco apuntado, doblado en su cara occidental, como en la iglesia capitalina de San Nicolás. La rosca interior apoya en semicolumnas y la exterior en otras más pequeñas, acodilladas, con un sistema que aparece también en esa iglesia citada, pero igualmente en la nave de Santo Domingo y en la desaparecida de San Clemente. La basa del lado norte remata en garras y los cuatro capiteles vuelven a ser vegetales, reproduciendo los tipos del interior de los ventanales, pero ejecutados por un escultor aún más tosco.

El presbiterio está recorrido por dos bancos, con un tablero de alquerque tallado en el del lado norte y con los muros recorridos por idénticas impostas a las vistas, cubriéndose el conjunto por bóveda de cañón apuntado. El ventanal del lado de la epístola de nuevo se ornamenta con capiteles vegetales, en la misma línea de hojas carnosas y nervadas vistas, aunque con algunos tallos en la cesta oeste.

El arco triunfal ha perdido parte del paramento superior. Es apuntado y doblado, con la rosca interna apoyando en semicolumnas y la externa en pilastras. Las basas son las habituales, rematadas en lengüetas, aunque en el lado norte con el toro inferior escamado y el otro con líneas incisas. Los capiteles de nuevo son vegetales, el del evangelio con hojas ovaladas, nervadas, dispuestas en varios planos, y el de la epístola con unos rudos haces, a modo de



Pila bautismal y restos de otra

melena partida, con piñas, un tipo que nos remite directamente a los capitelillos que decoran los relieves de los machones noreste, sureste y noroeste del claustro de Silos.

La nave se cubre con madera y a los pies, bajo el coro, se dispone la pila bautismal, también románica, formada por un tosco vaso de arenisca, troncocónico, liso, de 72 cm de altura y 106 cm de diámetro, asentado sobre doble escalón circular. En su entorno se reparten algunos fragmentos de otra pila bautismal, de la misma época, encontrados durante las obras de restauración. Corresponden a la parte superior de un vaso hemisférico decorado con zigzag, tallos ondulantes formando ochos rellenos de zarcillos, y serie de arcos de medio punto. El modelo, en líneas generales, es muy frecuente en las pilas sorianas, tanto en vasos hemisféricos como troncocónicos, aunque la composición con dientes de sierra es más habitual en estos últimos (Castejón del Campo, Taroda, Pinilla del Campo, Hinojosa del Campo y Sauquillo del Alcázar), mientras que las hemisféricas sólo los lleva la de Ledrado.

La mesa de altar esta soportada por haces de cuatro columnillas, sobre basas y capiteles decorados. Dos de ellos muestran doble corona de tallos, con los extremos abultados, un modelo también repetido con cierta frecuencia en la provincia especialmente en la comarca de Calatañazor, aunque también los hay en Omeñaca. Otro tiene tallos con hojas, en zigzag, y el cuarto gruesos tallos enlazados, sin detalle.

También durante la restauración se han localizado algunas otras piezas escultóricas, como otro capitelillo con

el tan repetido motivo de hojas palmeadas, de nervios marcados y perfil sinuoso, que se abren para mostrar un fruto. Otra de las piezas interesantes es un basamento monolítico, donde los cuatro fustes han sido reemplazados por cuatro personajes, de los que sólo se ve la mitad inferior del cuerpo, con un tratamiento de ropajes idéntico al que presenta el resto de la escultura del edificio y con una composición que en cierto modo recuerda a los soportes del altar de la ermita de los Santos Mártires de Garray. Entre todo lo demás hay una basa de cuatro fustes, restos de alguna estela funeraria o una cabezuela de una techumbre mudéjar, seguramente medieval.

Finalmente, al exterior, en la entrada al atrio hay cuatro estelas discoidales que pueden ser fechadas también en época románica, decoradas con diversos tipos de cruces.

Tras este largo recorrido por la arquitectura y la escultura de Tozalmoro, cabe concluir que el conjunto es una especie de suma de buena parte de lo que se puede ver en distintos lugares de la provincia, como hemos ido anotando, aunque frente a una construcción de notable calidad encontramos una escultura con mucho empeño y pocos resultados artísticos. Los capiteles con representaciones de personajes y el tímpano sur nos llevan sin duda a una fuente de inspiración en la iglesia de Santo Domingo de Soria (antiguo Santo Tomé), y desde aquí, aunque sin ninguna relación directa, a los grandes focos que convergen en el románico soriano: San Juan de la Peña, Santo Domingo de la Calzada, Estella, y Santo Domingo de Silos. Dentro de esta línea Tozalmoro se nos mues-

tra como la expresión más ruda de los modelos que esculpieron aquellos maestros, lejos de la calidad de otras obras surgidas en el mismo ambiente, como Garray, San Juan de Duero o San Nicolás. Es en este mundo tan ruralizado y casi marginal, allá por las dos últimas décadas del siglo XII, donde trabaja un taller –o maestro– cuya labor, desarrollada en un corto espacio geográfico, se caracteriza por figuras rechonchas, con capiteles llenos de personajes en inidentificables escenas, y con unos motivos vegetales muy reiterados. Quizá su obra principal fue Tozalmoro, pero su trabajo queda igualmente bien identificado al menos en Fuensaúco, en Hinojosa del Campo, en Ventosilla de San Juan, en Valdegeña y en el pórtico de Omeñaca.

Texto y fotos: JNG - Planos: MMR

Bibliografía

- ALCOLEA, S., 1964, p. 80; ASENJO GONZÁLEZ, M.^a, 1999, pp. 125, 191; BANGO TORVISO, I. G., 1997, pp. 245, 247, 260, 261, 272; CABRÉ AGUILÓ, J., 1916, t. VI, p. 97 y lám. LXXVII; CASA MARTÍNEZ, C. de la, 1992a, pp. 271-276; CASA MARTÍNEZ, C. de la y DOMÉNECH ESTEBAN, M., 1983, pp. 118-120; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, pp. 46-48; GAYA NUÑO, J. A., 1946, pp. 245-249; GAYA NUÑO, J. A. y GUIDIOL RICART, J., 1948, p. 310; HERBOSA, V., 1999, p. 28; IZQUIERDO BERTIZ, J. M.^a, 1985, pp. 269, 272, 274, 276-279, 285-286; JIMENO, E., 1958, p. 190; LOJENDIO, L. M.^a de y RODRÍGUEZ, A., 1981 (1966), p. 375; LOJENDIO, J. M.^a de y RODRÍGUEZ, A., 1995, p. 38; LOPERRÁEZ CORVALÁN, J., 1788 (1978), t. II, p. 120; MADDOZ, P., 1845-1850 (1993), p. 266; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, p. 163; MARTÍNEZ TERCERO, E., 1985, p. 262; MOMPLET MÍGUEZ, A. E., 1995, p. 89; MORENO Y MORENO, M., 1957, t. II, pp. 354-356; PORTILLO CAPILLA, T., 1979, pp. 180, 200; RUIZ EZQUERRO, J. J., 1985, pp. 45-46; RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, J. M., 2001a, p. 46; SÁINZ MACAÑA, E., 1984a, pp. 362-376; SÁINZ MACAÑA, E., 1984b; SÁINZ MACAÑA, E., 1990, p. 432; SÁINZ SÁIZ, J., 1995, p. 83; TARACENA AGUIRRE, B. y TUDELA DE LA ORDEN, J., 1928 (1997), pp. 243-244; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, pp. 41-42.